

Sala Amós Salvador, Logroño

7 de Junio al 10 de Julio de 1994

Horarios:

Lunes a sábado: de 6 a 9 de la tarde

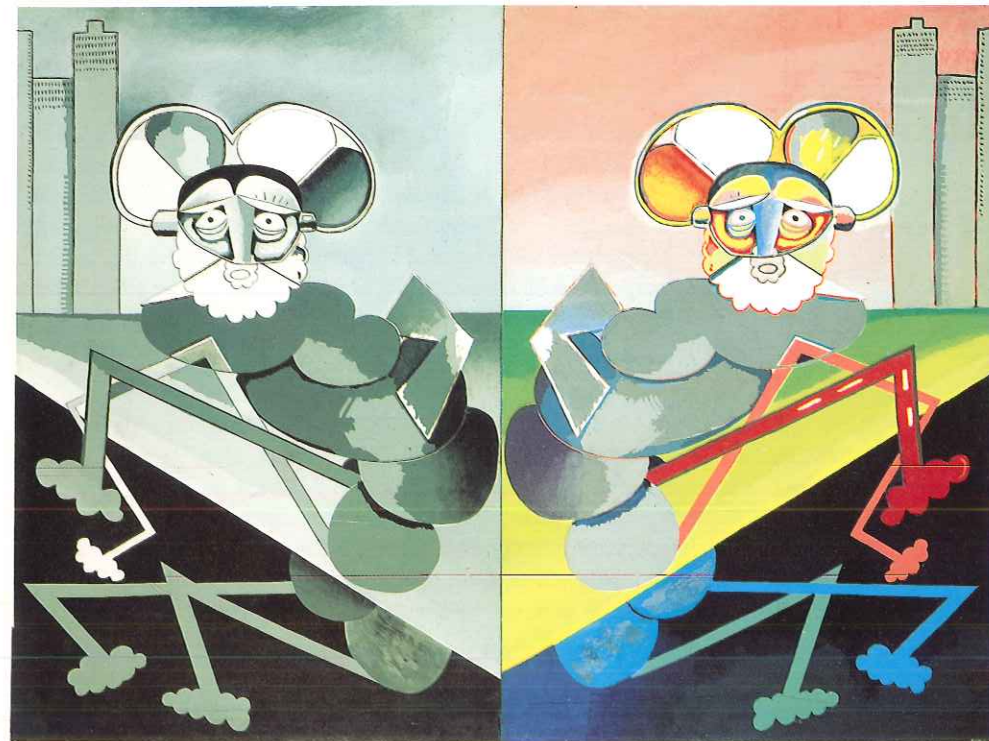
Domingos y festivos: cerrado

Durante las fiestas de San Bernabé (9, 10, 11 y 12 de Junio)

de 12 a 14 y de 6 a 9 de la tarde

CULTURAL RIOJA
Gobierno de La Rioja - Ayuntamiento de Logroño

iberCaja 



Luis Gordillo

una retrospectiva

Dejando naturalmente al margen a Picasso, no hay ningún otro caso parecido de compulsión vanguardista en el arte español contemporáneo como el de Luis Gordillo, nacido en Sevilla en 1934 y hoy, tras varias décadas de una brega sostenida la mayor parte del tiempo en solitario, considerado como una figura clave para entender la pintura española a partir de la década de los sesenta. Pero cuando me refiero a la pasión vanguardista de Gordillo, que es, como corresponde, una pasión desesperada, conviene aclarar que no se trata solo de una opción moral, sino también, en su caso, de una urgencia biológica, para cuya comprensión cabal hace falta saber lo que él mismo ha declarado, con su humor característico, respecto a su atraso vital; concretamente: que se ha sentido siempre lo suficientemente inmaduro como para ir “quince años por detrás de la vida real”.

Los cambios de ritmo vital y, por tanto, artístico han sido ciertamente constantes en casi toda la trayectoria artística de Luis Gordillo, con bruscos acelerones y angustiosas paradas alternándose de una manera sistemática. En realidad, este ritmo incontrolado se ha mantenido prácticamente hasta la década de los ochenta, a partir de la cual Gordillo, pasara lo que pasara en su intimidad, ha logrado seguir pintando sin interrupción. De todas formas, esta aún reciente normalización de su capacidad productiva no quita que toda la actividad artística de Gordillo haya girado directamente en torno a los complejos vericuetos de su muy tortuoso psiquismo, fatalmente atrapado por una dialéctica sin fin entre la liberación del impulso y su control, el flujo y la retención, el avance y el regreso. (...)

Como lo ha razonado recientemente, con motivo de una conferencia que pronunció en el Museo del Prado, la obra de arte es un condensador de vitalidad, capaz de transmitirnos, en ondas sucesivas, cada vez más profundas, el latido de la época y los más herméticos e incontrolados, pero también más hondos, latidos personales de su autor. Los cuadros nos dan, perfectamente objetivado, el espíritu de una época, pero siguen viviendo gracias a lo que conservan de subjetividad irreducible.

Esto lo piensa Luis Gordillo, por ejemplo de El Greco, por citar al maestro histórico sobre el que versó su conferencia, pero lo piensa también sobre sí mismo, el objeto para él más indescifrable e incontrolado. (...)

Estoy convencido que la pintura última no es sino, de nuevo, una búsqueda desesperada de la espontaneidad, una apelación a lo informe cuando todas las formas se han hecho demasiado elocuentes. En definitiva: una manera de echar la red en pos de la peligrosa energía, que hace tambalearse todo, pero que, en definitivas cuentas, permite que la vida se exprese. Y la pintura no ha sido y no es para Luis Gordillo otra cosa que una expresión de la vida, aunque la vida no se puede sentir, en determinadas ocasiones, sino a través del sutil registro de una película impresionada, una imagen robada, un instante congelado, una fotografía para el porvenir.

FRANCISCO CALVO SERRALLER

(Texto extraído del catálogo de la exposición)

